

ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA. CAMPO Y VINCULACIÓN HISTORIOGRÁFICA

HISTORICAL ARCHAEOLOGY. FIELD, AND HISTORIOGRAPHICAL LINKAGE

Ana Rocchietti

*Laboratorio – Reserva de Arqueología, Departamento de Historia,
Facultad de Ciencias Humanas; Instituto de Sustentabilidad de
Sistemas Productivos, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad
Nacional de Río Cuarto. Centro de Estudios en Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
anaau2002@yahoo.com*

Resumen

Esta exposición aborda la relación entre Arqueología e Historia tal como se verifica en su unión como campo disciplinar. Ella parece natural y necesaria pero puede encontrar obstáculos que se derivan de sus características, procesos de conocimiento y categorías analíticas. Se puede sostener que aunque ellos existan la unión debe profundizarse de modo tal que la Arqueología Histórica no se encuentra ajena al tratamiento que de los mismos períodos y sociedades se ocupa la historiografía.

Palabras clave: Arqueología Histórica; historiografía; documentación asociada; obstáculos epistémicos.

Abstract

This exhibition addresses the relationship between Archeology and History as verified in their union as a disciplinary field. It seems natural and necessary but may encounter obstacles that derive from its characteristics, knowledge processes and analytical categories. It can be argued that although they exist, the union must be deepened in

such a way that Historical Archaeology is not alien to the treatment that historiography deals with the same periods and societies.

Keywords: Historical Archaeology; historiography; associated documentation; epistemic obstacles.

Resumo

Esta exposição aborda a relação entre Arqueologia e História verificada na sua união como campo disciplinar. Parece natural e necessária, mas pode encontrar obstáculos que derivam de suas características, processos de conhecimento e categorias analíticas. Pode-se argumentar que embora existam, a união deve ser aprofundada de tal forma que a Arqueologia Histórica não seja alheia ao tratamento que a historiografia trata dos mesmos períodos e sociedades.

Palavras-chave: Arqueologia Histórica; historiografia; documentação associada; obstáculos epistêmicos.

Introducción

En el último cuarto de siglo la Arqueología Histórica ha consolidado su campo en la Argentina pero no está exenta de debates. Las objeciones son de dos tipos: todo registro arqueológico es histórico (aún los de los tiempos pre-coloniales) y conlleva el riesgo de subordinar la arqueología a la historiografía a través del acervo documental y de los métodos y formas de pensar de los historiadores.

Al acudir necesariamente a la interdisciplina, la declaración de autonomía puede volverse confusa. Sin embargo, la Arqueología histórica tiene un estilo de argumentación diferenciado que se advierte, probablemente, de manera colateral por la necesidad de recurrir a la información histórica. No obstante, en concreto, habría al menos tres alternativas: 1. profundizar la inteligibilidad propia, 2. acumular sitios y materiales en una cadena sin fin de evidencias o, 3. emprender una arqueología crítica o analítica. Las opciones no se excluyen pero conllevan una decisión que significa activando disyuntivas sobre las cuales necesariamente se debiera reflexionar. Esta exposición se desarrolla en torno al *giro histórico* de la arqueología y sus

consecuencias epistémicas. Tal giro tiende a ser cronológico porque los arqueólogos/as se enfocan en el carácter del período (posprehistórico, posprecolombino, posprehispánico) y prácticamente nada en las ideas y escrituras historiográficas. Por otra parte, ésta tiene intensa relación con la Filosofía de la Historia mientras que la Arqueología no se involucró con ella salvo Gordon Childe (1973, 1975, 1986, 1996) porque ha adoptado, en términos generales, modelos explicativos y argumentos hipotético-deductivos sin ofrecer presunciones sobre qué es la Historia, hacia dónde va y si hay o no progreso evolutivo en ella. .

Esta presentación apunta a revisar en forma en general y esquemática- el pensamiento de los historiadores y en ver si la conjugación de ambas disciplinas es afortunada.

Giro histórico

En Argentina, la Arqueología tuvo una fuerte connotación historicista (o histórico cultural) siguiendo la tendencia europea de estudiar los vestigios, predominantemente, de tiempo “pre-histórico”. Esto significó estudiarlos con un ordenamiento crono-tipológico presuponiendo que ellos devenían de configuraciones de cultura y de tradiciones sostenidas en la duración, la continuidad y el cambio con perspectiva positivista. En la década de los años setenta de ese siglo se produjo un cambio sensible asociando la Arqueología a los sistemas naturales, funcionales y evolutivos apartándose de la historia, incluso negándola como constitutiva del objeto de la disciplina. Después del 2000 se produjo un desplazamiento casi inadvertido como consecuencia de excavaciones en sitios monumentales –“históricos”- como las misiones jesuíticas, Santa Fe La Vieja, reducciones, el fuerte Sancti Spiritus, montado por la expedición de Gaboto, rastrilladas, corrales de piedra, etc. (Areces, 2012; Cocco, 2010; Tapia, 2014). La práctica en esos escenarios impuso nuevas reglas de investigación ligadas a la búsqueda documental, al tratamiento y manejo de destape de estructuras materiales y arquitectónicas de gran porte. Menos reflexionadas han sido las consecuencias epistémicas de vincular Arqueología, Historia e Historiografía. Aquí sigue un intento por considerar la controversia y la reconsideración porque una parte del debate fue llevar a cabo investigaciones prescindiendo de la documentación, centrando el

registro en los restos y suponiendo la posible contradicción fáctica entre ella y éstos (los documentos son verdaderos o los vestigios son verdaderos). También hay que señalar que la Filosofía de la Historia y el modo de escribir historia también se transformaron en simultáneo.

Qué historia

Si se elige como sistematización confrontar metodologías de investigación contrarias en el campo historiográfico (y los conceptos asociados) podría oponerse 1. Positivismo, 2. Marxismo, 3. Annales, 4. Pasado y Presente, 5. Semiótica histórica (o giro lingüístico), 6. Fenomenología y 7. Historia de los conceptos. Sintéticamente estas corrientes sostienen el esquema de ideas que sigue.

En 1981 apareció un libro publicado por Tecnos/Unesco dedicado a exponer las corrientes de investigación en las Ciencias Sociales (Antropología, Arqueología e Historia). En él, Geoffrey G. Barraclough se refería a la Historia (Historiografía) en un estudio que representa lo que se estimaba en la época como una distribución de líneas historiográficas.

Después de la Segunda Guerra Mundial comenzó un nuevo período en la concepción de la Historia y sus funciones y en las actitudes de los historiadores. Las corrientes históricas a partir de 1945 ya no seguían a las del siglo XIX. En 1955 hubo una transformación, una alteración radical en el modo en que los historiadores trabajaban. Los grandes cambios fueron consistieron en pensar que lo que pasa en una parte del mundo afecta a las otras y que la historia del siglo XX es historia mundial. Hubo avances de las ciencias y de la Sociología que iban a incorporarse a la Historia y a imponer un nuevo modelo social e intelectual. Europa decreció en importancia al igual que EEUU y Rusia y surgió la temática de la historia de Asia y África atendiendo a nuevas formas de organización política y nuevas instituciones.

Se produjo, entonces, la crisis del historicismo. Lo que destruyó la confianza de los historiadores fueron los acontecimientos entre 1939 y 1945. Ya no podrían ver la historia con complacencia. No juzgar a Carlomagno, Napoleón, Gengis Khan y Hitler y si solamente se describe, se procede a violentar nuestra moralidad actual en relación con acciones que hoy nos repugnan. Había que reconsiderar las

bases y postulados del pensamiento histórico. Pero los historiadores conservadores (liberales y marxistas) se negaron a hacer esa revisión. Hubo un abismo entre las nuevas y las viejas generaciones. La historia se vio envuelta en la crisis general de las Humanidades.

El nuevo modo de hacer historia fue estudiar al hombre en todas sus manifestaciones, observar las nuevas formas de la vida cultural y ampliar los horizontes de experiencia. Desde 1945 aparecieron nuevas escuelas de pensamiento historiográfico.

En la primera mitad del siglo XX todavía se hacía historia como en el siglo XIX: historicismo, idealismo filosófico, relativismo y subjetivismo pero con una parte positivista (globalmente denominada “crítica”). Los modelos de historiador eran Rilke, Waitz, Sorel, Foustel de Coulange, Stubbs, Gardiner, Kloutchuski, Pokrovsky. La “crítica” había surgido después de la muerte de Michelet en 1874.

Después de 1917 el marxismo adquirió potencia en Rusia, Francia y Bélgica. La historia marxista es antítesis del historicismo pero no de la historia porque funda el “materialismo histórico”; influyó de muchas maneras: reorientó la investigación histórica hacia los procesos económicos y sociales, activó el interés sobre las masas en la historia, estudió la formación, estructura y la lucha de clases, incentivó el interés por la Teoría de la Historia y por encontrar leyes en la Historia (aunque todo lo harían los hombres concretos, no la “Historia”). Sobre todo, declaró que la fuerza motriz de los acontecimientos es la revolución y, por lo tanto, su estudio debería centrarse en la estructura económica. Son procesos de causalidad histórica la lucha de clases y la extracción de plusvalor al trabajo humano. La historia es una sola, no es ni particular ni fragmentada y la tarea del historiador es la búsqueda de la totalidad: la formación económica y social (Cf. Anderson, 2012, 2013, 2015).

El programa de Bloch y Fevre/Braudel, generalmente bajo el título de *Annales* por la revista que fundó y que divulgó su enfoque, de intensa influencia hasta hoy, asumió el carácter científico y racional de la historia. Introdujo el concepto de larga duración y el problema de la existencia de estructuras estables, continuidad, cambio y coyuntura, del tiempo social y el tiempo individual. Los historiadores de *Annales* sostienen que los hechos pueden ser ciertos pero no significativos porque dejan de lado el ciclo más largo y la coyuntura. En particular,

Braudel distingue tres tiempos de realización de la historia cuya formulación ha sido muy influyente: el tiempo breve de la historia fáctica, el tiempo de cambio lento o de coyuntura y la larga duración o tiempo de la estructura (Cf. Bloch 1982, 2001, 2006; Braudel, 1970, 1998; Burke, 1987, 1996, 1998, 2007; Carr, 1993; de Certeaux, 2006; Collingwood, 1952; Duby, 1991; Fevre, 1986).

Jacques Le Goff y Pierre Nora (1985), en las décadas de los años ochenta y noventa, fundaron una “Nueva Historia” para buscar intelegibilidad en los hechos poniendo en foco la “totalidad” y las series de mentalidades que se desenvuelven en ella pero sin ser marxistas. Lo sobresaliente, es que se abrió una meta muy importante para la memoria (Ricoeur, 2004; Nora, 2019).

Pasado y Presente fue una revista (como *Annales*) de ideología y cultura que desplegó el pensamiento gramsciano y desarrolló un marxismo actualizado y tuvo considerable influencia –aunque su duración fue corta– en Argentina y en América Latina abordando temáticas y perspectiva de izquierda: Marxismo, Comunismo, Historia obrera, Nueva izquierda, Tercer Mundo, Descolonización, Guerrillas latinoamericanas, Guevarismo, Teoría del Partido y Teoría del foco revolucionario, Cristianismo, Sociología y Psicoanálisis, Sus fórmulas metodológicas y su filosofía de la historia fue estrictamente marxista.

Por su parte, el programa estructuralista negó la posibilidad de elaborar una historia como totalidad, pero, sobre todo, sostuvo que la historia no tiene sujeto; los humanos son producto de las estructuras y no tienen, respecto a ellas, libre determinación. El sujeto no es constituyente sino constituido (Cf. Dosse, 2004, 2006).

Disminuido el peso del estructuralismo, la corriente del posmodernismo volvió a una suerte de historicismo aplicando tres claves epistémicas: fragmentación y particularismo de la historia, rechazo de la totalidad y relativismo esbozando un reino del sujeto, de la identidad y de las historias “propias”. Pero además se sumaron al giro lingüístico (los más notorios, Frank Ankersmit y Hayden White). La historia no solo sería múltiple y construida en la memoria sino, antes que nada, una escritura, una narración eventualmente ficticia, dotada de la lógica del historiador y de las implicancias filosóficas devenidas de ella. Particularmente Hayden White profundizó el giro lingüístico equiparando la escritura historiográfica a la literatura ficcional que

depende del género e imaginación del historiador. Esta perspectiva no contradice, por ejemplo, la de Michel de Certeaux (1975) que, en otra década, asignaba a la “operación historiográfica” tres dimensiones: lugar social, producción científica y escritura desprovistas de objetividad y de científicidad, subrayando el papel del lenguaje para lograr contacto con los muertos (de Certeaux, 1975). No obstante, para Frank Ankersmit (1998), todos los objetos de la razón humana o de la indagación pueden ser divididos en dos clases: relaciones entre ideas y cuestiones de hecho -como los objetos que preceden a la experiencia como los de la matemática o los de la misma experiencia a la que denota como “sublime” (Ankersmit, 1998). Ambas posturas innovan la ontología de la historia, pero introducen problemas epistémicos importantes.

Una medida de la radicalidad del giro lingüístico la da esta afirmación de White:

“Como un discurso acerca de las cosas ya no perceptibles, la historiografía debe construir, entendiendo por ello imaginar y conceptualizar, sus objetos de interés antes de poder proceder a aplicarles los tipos de procedimientos que desea usar para explicarlos o comprenderlos. Existen muy buenas razones por las que la historia nunca ha sido convertida en una ciencia — sin perder su identidad como historia—. Esto se debe a que las figuras y los giros discursivos (tropos), más imaginarios que conceptuales, son necesarios para la constitución de los objetos de interés de la historia como posibles temas de una representación específicamente historiológica. Este elemento imaginativo no puede ser cercenado del escrito histórico sin privar al pasado de su encanto y pathos, es decir, su «paseidad». La tropología es la comprensión teórica del discurso imaginativo, de todas las formas por las cuales los diversos tipos de figuraciones (tales como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía) producen los tipos de imágenes y conexiones entre imágenes capaces de desempeñarse como señales de una realidad que sólo puede ser imaginada más que percibida directamente.” (White, 1992, pp. 44-45).

Esta crisis ha derivado en la diversificación de las nuevas historias: nueva historia cultural, nueva historia narrativa, nueva historia política, nueva historia social del lenguaje, historia de la religiosidad, historia de

la vida cotidiana, historia global, historia del género, historia del medio ambiente. Sobresalen la historia cultural anclada en los individuos y la historia política, las cuales no dejan de constituirse sino como una suerte de retorno al pasado disciplinar (Cf. Ríos Saloma, 2009).

Algunos historiadores dan continuidad a los giros postulando uno fenomenológico que prolonga la escuela filosófica de Edmund Husserl destacando el papel de la conciencia humana en el significado de cultura y en la experiencia histórica, de ahí que este nuevo giro reciba este nombre y apunte a trascender en las políticas de la memoria y en la temática de la proyección de la narrativa histórica en la existencia humana (Carr, 2019).¹ Finalmente se puede señalar una corriente actual que ha ido tomando cuerpo e influencia: la historia de los conceptos (también semiótica histórica) muy vigente en Alemania y en Inglaterra. En forma simplificada sostiene que la condición de la posibilidad de la historia como ciencia está en la aprehensión lingüística de acontecimientos y experiencias a través de conceptos. Los conceptos son sociales y políticos. Obviamente se reconoce el papel fundamental del lenguaje en la constitución de la realidad y el acto de habla en la transformación semántica de los conceptos que no son otra cosa que distinciones entre lo que una cosa es y no es. Están dotados de pluralidad e historicidad y establecen el nexo existencial entre el hombre y el mundo. Dice Koselleck, el iniciador:

“Todas las vidas se constituyen a partir de experiencias particulares, tanto de experiencias nuevas y sorprendentes, como de la repetición rutinaria de experiencias anteriores. Para efectuar o acumular experiencias, es decir, para integrarlas en la vida de cada uno, se necesitan conceptos, pues los conceptos permiten guardar y retener las experiencias incluso cuando éstas ya se han desvanecido.” (Koselleck, 2004, p.28).

Todos estos puntos de vista reseñados han tenido seguidores y detractores y se han acumulado en términos de escuelas o líneas teóricas en la historiografía contemporánea.

¹ Esta proyección es de crucial importancia porque es cierto que las narrativas históricas pueden producir nuevas historias a partir de su valor performativo que suele atribuirse a la historia de Karl Marx, por ejemplo, del XVIII Brumario, de Manifiesto Comunista o de El Capital.

Arqueología histórica

Habitualmente, bajo este nombre se designa la investigación en sitios arqueológicos que poseen documentación asociada (Rocchietti, 2003, 2011, 2021) ya sea manejada por los arqueólogos o historiadores en el marco de interdisciplina. Si bien toda obra y huella humana es histórica, una larga saga de estudios “prehistóricos” parten de una situación en que ella no existe (“ausencia de escritura”) pero cuando se abordan yacimientos rurales lo más frecuente es que tampoco exista demarcando un patrimonio que, en este caso, es “anónimo”.² La documentación asociada –o su ausencia– influye intensamente en la interpretación de los vestigios ya sea por información o por intuición. Otra proyección difícil de evitar es la ideológica: sea por el carácter del sitio arqueológico (una batalla heroica, una fortaleza militar o una ruina de misión evangelizadora) suscita la asunción de una posición doctrinaria consciente o inconsciente y un uso de la historiografía que roza lo ético o el juicio histórico. Landa *et al.* (2011) describen esta Arqueología como la conjunción dialéctica entre dos planos superpuestos: el hecho histórico y las memorias orales y escritas; mientras Mugueta y Guerri (2011) la ven como un campo de problemas teóricos respecto a procesos sociales que promovieron grandes cambios reservando a la Arqueología el rol de ser la que los reformule y, por añadidura, intente hallar huellas de la acción colectiva.

La demarcación de un campo de conocimiento y de investigación comporta nociones y acuerdos específicos sobre objetividad, verificación, método y modo de producir, explicar e interpretar los registros, así como una concepción sobre la realidad, la verdad y el objeto epistémico. La pretensión de hacer aportes al conocimiento sociológico por ese núcleo de sociedad que está contenido en los restos no deja de constituirse en un plano epistémico particularizado ligado al modelo de dominación social y de Estado.

La praxis de toda disciplina histórico-sociológica contiene un disenso estructural entre realismo o racionalismo crítico y la conjunción de variación, incommensurabilidad, coyuntura y contexto.

² La objeción al término “prehistórico” para connotar sitios, restos, períodos y/o etapas proviene de la teoría decolonial que lo denuncia como eurocéntrico y devaluador.

El primero se condensa en el neopositivismo popperiano para el cual la historia no se somete a las leyes científicas (Popper, 2014) y solo admite un análisis situacional en el que la corroboración siempre es solamente momentánea. Para los puntos de vista basados en los segundos se procura una constatación, pero imposibilitada de gobernar la variación que se torna –en el registro arqueológico– impredecible. Una excepción se encuentra en el marxismo que formula leyes de la historia y en el estructuralismo que obliga a pensar en la existencia de una organización de naturaleza lógica o modélica en la sociedad y en la cultura.

Los sitios arqueológicos participan de esas dos líneas de consideración: son fenómenos naturales y son reducciones de fenómenos sociales y de acciones humanas; son simultáneamente fenómenos evolutivos y acontecimientos históricos.

Resta indicar a la Arqueología Social Latinoamericana que tuvo punto de partida en el documento de Teotihuacán en 1975 por el cual un grupo de arqueólogos y sus seguidores debatieron las maneras en que la arqueología podía y debía involucrarse en los problemas sociales del continente, el neocolonialismo y transformarla en una disciplina con sentido histórico en el marco del marxismo. Su figura más sobresaliente ha sido Luis Guillermo Lumbreras (2006).

El realismo de la Arqueología Social y de la Arqueología histórica proviene de un fondo sociohistórico producido por las “culturas” o las “sociedades” en el seno de un continente del mundo que ilustra la evolución del capital y sus procesos de acumulación y subalternidad en el interior de la formación histórica que le es específica y del Estado.³

Actualmente puede decirse que la Arqueología no tiene un programa unificado ni un paradigma concentrador, sino que rige una situación borrosa con competencias estabilizadas en algoritmos tanto tradicionales como exploratorios (por ejemplo, la Arqueometría, la Arqueología Experimental, Etnoarqueología).

³ En la problemática del Estado debe incluirse la de los Estados precolombinos cuya poiesis ha sido muy potente en el modelado de las sociedades indígenas americanas. Esta función, potencia o cualidad la comparten todo tipo de Estados. A veces, el término Arqueología Histórica sugiere la Modernidad o los períodos históricos del mundo moderno pero en América Latina esa delimitación no es muy exacta porque previamente se desarrolló la formación colonial más afín a la feudalidad europea, al menos en la geografía que dominó el Imperio Español.

Una dimensión importante es aquella que se puede denominar “singularidad”: los sitios de los períodos históricos suelen ser únicos aún cuando compartan estilos de arquitectura y de cultura material. Las misiones de los jesuitas en la Paraguaría tienen un patrón arquitectónico único pero variante y cada una de ellas vale por sí (Yapeyú, La Cruz, Santo Tomé, San Francisco de Borja, San Ignacio Mini, Santa Ana, Loreto, Mártires en territorio argentino). En cambio, una pequeña reducción islera en el río Paraná que no ha dejado ruinas sino una distribución de cerámicas indígenas y algunos elementos españoles que le dan autenticidad no difiere de sitios prehispánicos en geomorfología de sitio y patrón de asentamiento. No obstante, se trata de una expresión única pues para la documentación y para el sistema colonial fue San Bartolomé de los Chaná, misión franciscana con la misma funcionalidad eclesiástica que San Ignacio Mini o Santa Ana. (Rocchietti, 1996, 2007, 2009, 2011). En ese sentido, los sitios coloniales y republicanos se imbrican en la misma unicidad y singularidad que caracteriza a los acontecimientos históricos. Es cierto que no puede equipararse, en tanto escala y objetivos, la historia de la Iglesia Católica en el Río de la Plata con un “patrón de asentamiento”. Vale preguntarse sobre el límite conceptual que es propio de una disciplina (Cf. Murillo Herrera, 2019) tanto como si su tarea es reconstruir, explicar, interpretar o modelizar, en este caso, el pasado social. Los sitios históricos tienen una dimensión que no tienen los precoloniales (prehispánicos): la complejidad política de la gobernabilidad y la suma de decisiones prácticas e ideológicas que tuvieron vigencia en su tiempo.

Recorrido de problemas epistémicos

Se podría recorrer el itinerario de problemas –algunos exhibidos en la asociación Arqueología e Historia, otros no reflexionados o no detectados– implícitos en el campo disciplinar y sus prácticas derivadas. La lista que sigue puede estimarse como términos de una cuestión implícada en esos nexos porque la intersección arqueología-historia se encuentra obstaculizada parcialmente por las ideas que se sobrellevan sobre cómo debiera ser cada campo en su conjunción, en la teoría y en la práctica.

El lugar de la documentación: para los positivistas consistía en que los documentos ocupaban (y ocupan) el lugar central de la verdad histórica; para los autores de *Annales*, éste no les corresponde porque fundar la verdad histórica en ellos es reduccionista. Los documentos también son vestigios con fallas de archivo y de conservación, pero también de intencionalidad no siempre con vocación de verdad y verificación. Los fundadores del positivismo histórico fueron Charles Seignobos y Charles Langlais, quienes influyeron sobre los estilos de hacer obras históricas hasta la aparición de *Annales*. Las fases del método histórico eran para ellos heurística, hermenéutica y síntesis. Se podría decir que actualmente el método de los historiadores puede considerarse estabilizado en la siguiente práctica: 1. Consulta de las fuentes prioritariamente en sus archivos, 2. Análisis de las mismas y formación del aparato erudito, 3. Síntesis fundadas en información confiable, 4. Exposición de los resultados obtenidos (Cf. González Ruibal y Ayán Vila, 2018; Rubé, 2021). El contenido positivista y neopositivista de la Arqueología (Cf. Binford, 1968) guarda algunas similitudes con él, pero la documentación no tiene centralidad y es frecuente consultar la bibliografía histórica como apoyo del estudio de sitio o del tratamiento de los datos materiales. Los arqueólogos no suelen consultar documentos y no tienen formación específica para hacerlo.

Braudel sostenía que “Para mí la historia es la suma de todas las historias posibles, una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana. El único error radicaría en elegir una de estas historias a expensas de las demás (Braudel, 1968, p. 75).

Otra cuestión surge en relación con el lugar de la cultura material. Hay que tener presente que la historia es específicamente humana, que forma parte de la realidad humana pero que es también una realidad narrada así como está apoyada en una sistemática de conceptos (que se vinculan a las líneas teóricas de la historiografía). En la conjunción de campos surge un pensamiento que es a la vez arqueológico e histórico. Pero las estratigrafías y la cultura material indican mucho menos humanismo en los informes arqueológicos. Es claro que los arqueólogos tienen en sus manos y como objeto primordial de estudio “materialidades” pero hay que tener en cuenta que la expresión

“material” conlleva una ontología que divide el mundo en lo “real” y el “espíritu”.⁴

También el lugar de la historiografía y de la historia científica modelan el campo conjunto. La Arqueología no tiene dudas sobre que es una ciencia sea por el carácter de su práctica, sea por el convencimiento sobre su forma de inferir sea por la naturaleza (“material”) de sus datos objetivados en el “registro”, palabra y concepto consagrado por Gordon Childe (Childe, 1958). No obstante, no habría que descartar la imaginación arqueológica como productora de interpretación.

El lugar de las formaciones económico – sociales y de las formaciones socioculturales e ideológicas es otra de las dimensiones de condicionamiento mutuo. Para los historiadores y cientistas sociales se suelen sintetizar como “contextos”. Los sitios con los que trabaja la Arqueología histórica en América Latina tienen por contexto el capitalismo mercantil temprano de la conquista y colonización, la acumulación originaria y el feudalismo o el capitalismo desarrollado y hasta global (Rocchietti, 2000; Rocchietti y Ribero, 2018). Sin embargo, este tema no tiene consenso completo ni todos los historiadores lo diagnostican de la misma manera. Por ejemplo, puede debatirse sobre si el sistema colonial temprano resultó del feudalismo europeo trasladándose ese orden social a América, o si esta tuvo una organización social y económica sui generis o evolucionó hacia el capitalismo en sus escenarios regionales. No obstante, existe un factor crucial en esta arqueología: las naciones indígenas como *alter* político, económico y social, la perduración de la servidumbre, el *pongueaje*, los servicios por deuda, el peonaje sin tierra, etc., hasta casi la actualidad; es decir, con un modelo de dominación y subalternidad de hacienda o de gran propiedad y de Estado específico cuya materialidad está implícita pero no siempre visible o expresada en yacimientos y arquitecturas. Por otra parte, se podría hablar de la “formación del registro arqueológico” no solamente en relación con su acumulación como vestigios sino como vestigios estandarizados: la vida colectiva y la vida privada, las elecciones estilísticas del arte y de la arquitectura,

⁴ Hasta la Unesco lo hace cuando distingue entre cultura material y cultura intangible (que supuestamente “no se toca”).

el diseño de las ciudades, las industrias características se reconocen en su origen y temporalidad gracias a esa estandarización. Ella también existe en los sitios “prehistóricos” o “precolombinos” pero tiene otras características fundadas en distribuciones de talleres líticos o de tiestos cerámicos y de asentamientos residenciales que no tienen comparación con aquellos que devinieron como producto del orden colonial y republicano. Una forma de vida y sus condiciones de existencia dejan el mismo tipo de registro a escala territorial y por esa razón pueden calificarse como miembros de una “formación”.

El lugar de la dicotomía (simétrica o asimétrica) entre campo arqueológico y campo historiográfico es otro punto de discusión. Lo señalado antes configura la existencia de una división – demarcación entre ambas disciplinas aún cuando se pretenda una fusión conveniente especialmente porque libera a la Arqueología de su antiguo vínculo con la Historia como una de sus “auxiliares”. La dicotomía se funda tanto en la “materialidad” como en la documentación pero en el sentido de irreductibilidad de finalidad: la Historiografía busca una reconstrucción fidedigna de actores (personajes), acontecimientos y procesos mientras la Arqueología se ve obligada –salvo excepción– a prescindir de los dos primeros realizándose prácticamente en el examen e interpretación de objetos, vestigios y rastros. Su accionar se acerca a la abducción peirciana (Martin, 2015), esto es, en la búsqueda de indicios y pistas a la vez detectivescas y científicas. Las afirmaciones hechas en esa práctica son sólo probables o posibles. Y este sería un punto común con la afirmación de Braudel sobre las historias posibles.

El lugar de las ciencias sociales y de la historia social atraviesan tanto a la Historiografía como a la Arqueología histórica. Ésta se desenvuelve a partir de vestigios que han dejado sociedades territoriales en lengua, cultura y fenotipo (o al menos hasta cierto punto de su desarrollo), con un sistema de acumulación de riqueza específico (agrocomercial, industrial, financiero) y con tendencia global desde 1492, al menos, con un sistema legal, con un régimen de propiedad, de consumo, de clases sociales y un sistema de guerra fundado en técnicas que consisten en estrategias destructivas de gran escala (definidas en cada período). Su territorio, en simultáneo, es estatal y, al menos

desde las independencias, o desde un período de su historia, “nacional” (O’Phelan Godoy, 2021). También pueden considerarse el resultado de la embestida de la modernidad en el marco de agregados humanos de diferentes naciones, religiones e identidades (Wachtel, 2007).

Quizá habría que advertir que Arqueología e historiografía pudieran ser dos géneros diferentes, dos construcciones literarias opuestas y hasta contrarias tanto en el desenvolvimiento de sus procesos de elaboración como en el de sus núcleos de sentido (o sus intenciones de sentido). Cada disciplina va ampliando su finalidad en la medida en que descubre nuevas posibilidades de análisis y nuevas estrategias en medio de incertidumbres e indeterminaciones propias de cada época y generación.

La Arqueología histórica fue antes que nada una ampliación de objeto ya que el estudio de los sitios producidos por las sociedades regionales post conquista rara vez se abordaron con excepción de los que se llamaban “de contacto” originados por la conquista. Por vocación, por formación profesional o por tradición científica (o por todas estas razones) se priorizaron los “prehistóricos”. Una primera ampliación la creó la arqueología urbana⁵, la arqueología colonial tuvo sus expresiones aisladas hasta que tomó fuerza en sitios arquitecturales de la época y más tarde se configuró la arqueología de las batallas que es llevada a la práctica todavía por pocos expertos (Leoni, 2015, 2021). Ésta última no puede eludir la documentación propia de estos eventos como los partes y los diseños de planes bélicos. En definitiva, todas estas experiencias son históricas por lo cual las segmentaciones las establecen el carácter de los sitios y de la cultura material que contienen. Pocos expertos han buscado la intersección con la sociología o la psicología (Ramos et al., 2011), especialmente la segunda porque supone problemas de demostración.

Conclusiones

En síntesis, La Arqueología histórica no puede eludir las líneas teóricas ni las problemáticas de la historiografía, no solamente porque ella la

⁵ Su complementaria o contraria, la arqueología rural, todavía no toma forma. En los países latinoamericanos en los que existen sitios precoloniales monumentales ni la una ni la otra han despegado.

acerca a la Filosofía de la Historia sino porque introduce dimensiones operacionales (un oficio tal como lo conciben los historiadores) y perspicacia para contextualizar el registro arqueológico. En ese sentido no simplemente un nuevo objeto o su ampliación sino una investigación nueva y original que no puede reducirse a las prácticas y conocimientos que estaban vigentes antes de su advenimiento. Pero no se trata solamente de una imbricación de campos en contexto de interdisciplina o de su fusión sino de la introducción de problemas epistémicos de la historiografía y su eco y ampliación en el estudio de los vestigios materiales.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Perry. (2012). Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson. Madrid: Siglo XXI.
- Anderson, Perry. (2013). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Anderson, Perry. (2015). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Ankersmit, Frank. (1998). La experiencia histórica. *Historia y Grafía*, 10, 209-266.
- Areces, Nidia. (2012). La Arqueología Histórica y los estudios regionales. *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*. 1(1), 11-24.
- Barracough, Geoffrey G. (1981). Historia. En *Corrientes de la investigación en ciencias sociales*. Tomo 2 (pp. 293-567). Antropología, Arqueología, Historia. Madrid: Tecnos/Unesco.
- Binford, Lewis R. (1968). Archaeological perspectives. En Sally R. Binford y Lewis R. Binford (editores). *Archaeological Perspectives* (pp.5-32). New York: Aldine.

- Bloch, Marc. (1982). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, Marc. (2001). *Apología por la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica
- Bloch, Marc. (2011). *Historia e historiadores*. Madrid: Akal.
- Braudel, Fernand. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Braudel, Fernand. (1998). *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Burke, Peter. (1987). *Sociología e Historia*/ Madrid: Alianza.
- Burke, Peter. (1996). *Formas de hacer la historia*. Madrid: Alianza,
- Burke, Peter. (1999). *La revolución historiográfica francesa*. La escuela de Annales (1929 – 1989). Barcelona: Gedisa.
- Burke, Peter. (2007). *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Carr, R. (1993). *Qué es la historia*. Barcelona: Planeta.
- Carravid, D. (2019). *Tiempo, narrativa e historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Certeaux, Michel de (2006). *La escritura de la historia*. Jalisco: Universidad Iberoamericana.
- Childe, Vere Gordon. (1958). *Reconstruyendo el pasado*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Childe, Vere Gordon. (1973). *¿Qué sucedió en la historia?* Buenos Aires: Editorial Siglo XX.
- Childe, Vere Gordon. (1975). *La evolución social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Childe, Vere Gordon. (1986). *Progreso y Arqueología*. Buenos Aires: Leviatán.

- Childe, Vere Gordon. (1996). *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cocco, Gabriel. (2010). Nuevos aportes al estudio de los procesos de Formación del Registro Arqueológico en la Provincia de Santa Fe. En Mónica Berón, L. Lima, Mariano Bonomo, Claudia Montalvo, Claudia Aranda y Manuel Carrera Azpitarte (eds.) *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana* (pp. 47-58). Ayacucho: Editorial del Espinillo.
- Collingwood, Robin George. (1952). *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, François. (2004). *Historia del estructuralismo. El campo del signo (1945 – 1960)*. Madrid: Akal.
- Dosse, François. (2006). *La historia en migajas. De Annales a la Nueva Historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fevre, Lucien. (1986). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- González Ruibal, Alfredo y Ayán Vila, Xurxo (2018). *Arqueología. Una introducción al estudio de la materialidad del pasado*. Madrid: Alianza.
- Koselleck, Reinhart. (2004). Historia de los conceptos y conceptos de historia. *Ayer*, 53 (1), 27-45.
- Landa, Carlos, Emanuel Montanari y Gómez Romero, Facundo (2011). Inicio de las investigaciones arqueológicas en el sitio Campo de Batalla de “La Verde” (Partido de 25 de mayo, Provincia de Buenos Aires). En Mariano Ramos y Odlanyer Hernández de Lara (compiladores), *Arqueología Histórica en América Latina, perspectivas desde la Argentina y Cuba* (pp. 47-56). Luján: Universidad Nacional de Luján. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (1985). *Hacer la historia. Nuevos enfoques*. Barcelona: Laia.

- Leoni, Juan Bautista. (2015). La arqueología y los campos de batalla: el caso de la batalla de Cepeda (1859). *Historia Regional*. Instituto Superior del Profesorado número 3, Eduardo Laferriere.
- Leoni, Juan Bautista. (2021). Desafíos y especificidades de la Arqueología de campos de batalla en la Argentina: los casos de las batallas de Cepeda (1859) y Pavón (1861). *Teoría y Práctica de la Arqueología Latinoamericana, Documentos de Trabajo*, 2(1), 55-70.
- Lumbreras, Luis Guillermo. (2006). Arqueología Social Latinoamericana. En Antonio Austral y Marcela Tamagnini (compiladores). *Problemáticas de la Arqueología Social Latinoamericana*. Tomo I (pp. 47-58). Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Martín, María del Carmen Pía. (2015). Abducción, método científico e Historia. Un acercamiento al pensamiento de Charles Peirce. *Páginas*, 7(14), 125-141.
- Mugueta, Miguel y Guerci, Marcelo. (2011). Las fuentes documentales y su tratamiento en los trabajos arqueológicos: el caso de Cantón Tapalqué Viejo, Argentina. En Mariano Ramos y Odlanyer Hernández de Lara (compiladores) *Arqueología Histórica en América Latina: perspectivas desde la Argentina y Cuba* (pp.57-62). Luján: Universidad Nacional de Luján. Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios.
- Murillo Herrera, Mauricio. (2019). La teoría en el proceso de investigación arqueológica: algunos problemas. *Revista Filosofía Universidad. Costa Rica*, 58, 129-138.
- Nora, Pierre. (1992). *Le lieux de la memoire*. Montevideo: Trilce.
- O' Phelan Godoy, Scarlet. (2021). Introducción. En Scarlet. O' Phelan Godoy (editora). *Una nueva mirada sobre las independencias* (pp. 9-14). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Popper, Karl. (2014). *Miseria del Historicismo*. Madrid: Alianza.

Ramos, Mariano; Bognanni, Fabián; Lanza, Matilde; Helfer, Verónica; González Torralbo, Celeste; Senesi, Romina; Hernández de Lara, Odlangier; Pinochet, Héctor y Clavijo, Jimena. (2011). Arqueología histórica de la batalla de Vuelta de Obligado, Provincia de Buenos Aires, Argentina. En Mariano Ramos y Odlangier Hernández de Lara (compiladores), *Arqueología histórica en América Latina: perspectivas desde Argentina y Cuba* (pp. 13-32). Luján: Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios, Universidad Nacional de Luján.

Ricoeur, Paul. (2004), *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ríos Saloma, Martín. (2009). De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 37, 97-137.

Rocchietti, Aana María. (2000). La especificidad latinoamericana: cultura e ideología en la cuestión social. latinoamericana. *Memoria latinoamericana, Situaciones, procesos, ideología y espacios intelectuales en América Latina*, 5(4), 79-92.

Rocchietti, Ana María. (2003). Formaciones arqueológicas con documentación histórica: la investigación social del registro arqueológico. En Daniel Schávelzon y Mario Silveira (compiladores). *Arqueología Histórica Argentina* (pp. 666-689). Buenos Aires: Corregidor.

Rocchietti, Aana María. (2011). *Arqueología histórica como campo de la teoría social*. En Temas y problemas de la Arqueología Histórica. Tomo I (pp. 19-33). Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios. Departamento de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Luján.

Rocchietti, Ana María. (2021). Arqueología Histórica: registro arqueológico y Estado. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, Año X, número 14: 69 – 94.

- Rocchietti, Aana y Ribero, Flavio. (2018). Arqueología histórica en contexto rural: pasados múltiples. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 8(7), 71-82.
- Rubé, Julio Horacio. (2021). *Historia de la Historiografía. Desde sus orígenes hasta el estado actual de la ciencia histórica*. Buenos Aires: EDER.
- Tapia, Alicia Haideé. (2014). Confrontación de escalas espaciales y temporales en arqueología histórica. *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, 3(3), 11-22.
- Wachtel, Nathan. (2007). *La Fe del recuerdo. Laberintos marranos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- White, Hayden. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.